

 Lo que habita
en los sueños Nagore
Suárez

DESTINO

Lo que habita en los sueños

Nagore
Suárez

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1675

© Nagore Suárez, 2025

Autora representada por Editabundo, S. L. Agencia Literaria

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

www.edestino.es

Primera edición: enero de 2025

ISBN: 978-84-233-6670-5

Depósito legal: B. 21.945-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotoprint by Domingo, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



Florencia, 1938

Ava evoca una y otra vez las imágenes del sueño mientras juguetea distraída con la carne de res del plato. No le gusta su sabor metálico, pero le resulta tranquilizador el aroma a guiso que invade el comedor. Sus compañeras charlan en voz baja, conversaciones intrascendentes de las que tan solo capta retazos. Vuelve a pensar en la mujer vestida de blanco, en sus ojos ocultos tras las sombras y en el lejano vaivén del mar. Prueba un bocado y echa un vistazo al reloj que reposa sobre la chimenea: la noche de otoño se cierne sobre la ciudad y ella contiene el impulso de saltar de la mesa y regresar a la habitación para reencontrarse con su visión, con su pintura.

Cuando terminan con la carne, la cocinera deja sobre la mesa una fuente de dulces y Ava aprovecha el alboroto del resto de alumnas para escabullirse en silencio hasta el cuarto. Está sola y enciende con decisión la lamparita de lectura, cuya tenue luz le permite perderse por unos instantes en el mundo onírico, deshilachar la frontera entre su realidad y la del cuadro.

Bajo la cama guarda el baúl que contiene los viejos tubos de óleo, los pinceles de pelo de marta y la tre-

mentina. Prepara los utensilios con rapidez, mezcla los colores hasta obtener el tono justo de azul para su cielo estrellado; a veces cierra los ojos y busca en su mente las imágenes del sueño, pues teme que se desvanezcan antes de que pueda acabar la obra, que se vayan debilitando con los días. La pintura la desafía, aún inacabada, y ella la enfrenta con los dedos manchados de añil y la inocencia de una niña. No es la primera que pinta, pero siente que es diferente a todas las demás, que por algún motivo que todavía no comprende, es imprescindible que la termine. Midiendo cada pincelada, se entrega a ella en un trance que le hace perder el control sobre las horas. A veces escucha el tictac del despertador de la mesita de noche, pero le parece lejano, señales de un mundo donde el tiempo aún tiene sentido. Quisiera poder traspasar el lienzo y fundirse con la figura espectral, que parece suspendida en el centro, visitarla en ese acantilado de olas furiosas y luna creciente, bañarse entre los caballos de espuma y preguntarle quién es y por qué la ha visitado en sueños. Está convencida de que algún día se verán, y entonces descubrirá el origen de su obsesión y obtendrá esa claridad que solo se disfruta en unos breves momentos de la vida.

—Nos encontraremos —asegura mientras se afana en perfilar las extrañas estrellas que pueblan el cielo oscuro.

I

San Sebastián, 1952

Bajo esa luz violácea que augura que el atardecer está listo para morir, Manuela Duarte observaba la bahía que se abría frente a ella. Parecía mucho más pequeña de lo que recordaba, y se dijo que debería haber aprendido ya que la memoria era poco fiable, un cúmulo de mentiras y deseos envueltos en niebla. Tal vez aquellos meses de nostalgia y anhelo por volver a la ciudad hubieran ayudado a convertir la playa de la Concha en un vasto territorio idealizado de arena y sal, pero aunque la realidad fuera más mesurada que su recuerdo, conservaba intacta la belleza que había evocado en sus sueños. En el paseo marítimo, gabardinas, sombreros de fieltro, vestidos de lino, sandalias y botas convivían en extraña armonía en aquellos días de clima incierto de comienzos de septiembre, cuando el jaleo y el alborozo de agosto quedaban atrás, los tristes elefantes engalanados de oro de los circos abandonaban la ciudad, se apagaban los brillantes fuegos artificiales y San Sebastián, tras la partida de la mayoría de sus visitantes, se cubría de cierto halo de melancolía.

Manuela se inclinó un poco más sobre la barandilla del hotel Continental y sintió cómo se le erizaba el ve-

llo de los brazos desnudos al contacto con el hierro húmedo por la llovizna. Desde que unas horas antes hubiera puesto un pie fuera del tren procedente de Madrid, había sentido la suave capa de rocío adhiriéndose a su piel y rizándole la espesa melena negra.

—Te vas a congelar —dijo una voz a su espalda.

Se giró y vio que Pedrito Ortiz se acercaba con un chal en la mano y un ejemplar de *El Diario Vasco* bajo el brazo. Manuela cogió la prenda con rapidez y se arrebujó bajo el escaso consuelo de la seda. Si hubiera sabido que haría aquel frío hubiese guardado en el equipaje sus bufandas de lana.

—Pasará —dijo él, como si le hubiera leído la mente—. Seguro que en unos días hará un sol espléndido.

A pesar del desapacible color del cielo, Manuela no se atrevió a contradecir a Pedrito, su mejor amigo desde la infancia y a quien debía agradecer, en parte, su regreso a San Sebastián, donde había veraneado desde niña. En aquellos años, se alojaba junto a sus padres y su hermano en las villas de los múltiples amigos de la familia, y nunca faltaron el vino en las copas, los helados para los niños ni la música sonando a todas horas. Los recordaba a todos siempre en movimiento: en la playa, en los bailes, al atardecer.

Pero aquello se había acabado al llegar la guerra. Mientras su padre se ocupaba en Madrid de la empresa familiar, ella, su madre y su hermano, Hernán, habían dejado el país, para refugiarse con su tía en Portugal.

Más tarde, vino todo lo demás. Tras la muerte de sus padres, la vida de Manuela pasaría a las manos suaves pero firmes de su hermano. Y se impusieron el Caudillo y los crucifijos en el comedor, el «arriba España» y el yugo y las flechas en la solapa del traje hecho a medida en la calle Arenal.

Con los años, las ambiciones de su hermano destruyeron las suyas, y las posibilidades de acudir a la universidad se desvanecieron mientras Hernán repetía con insistencia que debía buscar marido. Un marido adecuado. A Manuela no le gustaba el significado que una palabra tan inocua como *adecuado* adquiría en sus labios. Por suerte, una noche de abril, Hernán había conocido a Mari Tere Osorio en Chicote y seis meses después se casaban en Sevilla, bajo un sol de justicia y ante cuatrocientos invitados, de los cuales más de trescientos venían por parte de la flamante esposa. Toda una concesión en la habitual austeridad de Hernán. Pronto llegaron los niños, y la paternidad y el manejo de la empresa que un día regentara su padre le mantuvieron lo bastante ocupado como para olvidar casi por completo la molesta existencia de su hermana.

Y así, Manuela había conseguido recuperar San Sebastián. Una conquista nada trivial, una bandera clavada en el campo de la libertad. Años atrás, le había dicho a Hernán con voz temblorosa que quería volver a veranear allí con las amigas que en junio cambiaban Velázquez por la Concha para hacer la temporada de bailes, quitarse las penas entre los vapores del balneario La Perla y llenarse los pulmones de brisa de mar. Su hermano, que pasaba los veranos entre Madrid y Sevilla y solo visitaba la capital guipuzcoana de vez en cuando, había aceptado con la esperanza de que encontrara allí algún heredero rico que la salvara de convertirse en una solterona que perdía la vista tejiendo calcetines frente a la chimenea. Y con la ayuda de Pedrito, que había prometido solemnemente que cuidaría de ella, Manuela había regresado a la ciudad.

—¿Estabas haciendo el crucigrama? —le preguntó a Pedrito señalando el periódico.

—No, leía el «Ecos de Sociedad».

—¿Y qué cuenta?

No es que le interesara demasiado, pues en realidad nunca le habían atraído los bailes ni las muchachas cuajadas de perlas a las que llamaba amigas. Lo que más le gustaba de todo aquello era estar lejos de Hernán, alojarse en el Continental, desayunar temprano y pasear por la orilla con los pies descalzos. Por esa misma razón, con el tiempo —y alguna que otra decepción amorosa—, había preferido evitar los meses de máxima actividad social, así que pasaba julio y agosto en Xeixo, con su tía Casandra, en el mismo caserón sombrío con las paredes cubiertas de santos donde se habían refugiado durante la guerra civil. Casandra practicaba una vida casi monacal entre rezos, comida frugal y una extraña aversión a la luz solar que le hacía mantener los gruesos cortinajes de terciopelo siempre corridos. Pero a Manuela no le importaba, durante esos dos meses apenas salía de la casa. Se movía por los pasillos con una lamparilla de aceite bajo el brazo para hacer frente a la oscuridad, y allí donde había un hueco se sentaba con un libro entre las manos. «Niña, vaya sustos me das cada vez que te veo pasar —le decía Josefa, la criada gallega que trabajaba con su tía—. Siempre vagando con ese candil, pareces de la Santa Compañía.» Manuela y su tía compartían apenas mesa y conversaciones fugaces antes de retirarse, cada una entregada a su obsesión. Una convivencia apacible, como si fueran dos fantasmas que embrujaban la misma casa.

En San Sebastián quedaba atrás aquella tranquilidad, porque incluso el final de temporada, a pesar de

que los veraneantes ya habían comenzado a marcharse, estaba marcado por el bullicio y por las fiestas, una aburrida repetición de sonrisas frívolas y canapés de salmón. Pero Pedrito, que conocía muchos más detalles sórdidos de aquellos acontecimientos que el propio columnista de «Ecos de Sociedad», siempre lograba divertirla con sus historias. Barones a quienes habían encontrado entregados a la pasión en el baño, o afamados actores que los camareros habían tenido que sacar por la puerta de atrás después de un exceso de champán.

—Mencionan tu llegada, entre otras cosas —respondió Pedrito.

Manuela le quitó el diario y lo abrió con curiosidad.

—Supongo que aún no te has enterado del último chisme que corre por la ciudad —continuó él.

—Pero tú sí.

Pedrito sonrió orgulloso y se apoyó en la barandilla, de espaldas al paseo.

—Villa Allur... —contestó simplemente mientras se colocaba con cuidado uno de los gemelos de plata que sujetaban los puños de la camisa blanca.

Manuela esperó en silencio a que decidiera romper el suspense, pues aquel era parte del encanto de escuchar sus historias. A Pedrito le gustaba tener una audiencia entregada, incluso para relatar las anécdotas más intrascendentes.

—Parece que, después de tantos años, alguien la ha comprado —continuó—. Un duque francés a quien nadie ha visto y de quien nadie sabe nada. Aunque yo he investigado algo más, claro. Parece que se trata de un filántropo, heredero de un ducado diminuto cerca de la Borgoña.

Ella se inclinó aún más sobre el balcón y contempló el monte Igueldo, al final de la playa de Ondarreta y la bahía. Allí, entre la vegetación de la ladera, distinguió la silueta de Villa Allur, una mansión abandonada que, según decían, estaba maldita. Gregorio Allur, un rico industrial, había mandado construirla a finales del siglo XIX, pero poco después había perdido toda su fortuna y había terminado quitándose la vida. Así, recién estrenada y amueblada, la casa fue pasando de un heredero a otro sin que nadie se animara nunca a vivir allí. Al final, la villa había caído en el olvido. El jardín francés se había convertido en algo más salvaje y oscuro, mientras que la casa había pasado a ser la morada de gatos silvestres que se lamían ufanos las patitas sobre las sillas de tapicería Aubusson.

—Un francés que viene hasta aquí para comprar una casa en ruinas —comentó Manuela.

—Lleva desde principios de verano arreglándola, y se rumorea que habrá una gran fiesta de inauguración a la que todos quieren asistir.

—¿Crees que de verdad está encantada?

—Sin duda —sentenció Pedrito—. Las casas que no se habitan se llenan de fantasmas. Es como una invitación. ¿No es divertida esta ciudad? Espectros y fiestas, no se me ocurre nada mejor.

—Quizá el duque no tarde mucho en volver corriendo a Borgoña.

—Supongo que lo descubriremos pronto.

Manuela sonrió y le dedicó una última mirada a la enorme casa, que parecía observarlos también desde el monte.

2

San Sebastián, 1952

Los primeros días de Manuela en San Sebastián pasaron entre los dulces almibarados de las pastelerías y el olor al perfume de vetiver de Pedrito, quien se empeñaba en arrastrarla en un viaje frenético por todas las tiendas y cafés de la ciudad. Una peregrinación agotadora, llena de sonrientes vendedores que sabían reconocer al cliente reincidente y algo descerebrado. Aquella tarde gris, habían ido a parar a la sastrería Derby. Sentada en una de las sillas de madera de caoba, Manuela esperaba impaciente mientras a Pedrito le tomaban las medidas para un traje de tela parisina. Tras los elegantes escaparates distinguía los rostros de quienes se paraban a contemplar los maniqués: algunos anhelantes, otros con desaprobación, tan solo unos pocos realmente con posibles para entrar y adquirir alguna camisa o una chaqueta Teba de lana fría.

Pero su mente estaba en realidad lejos de la tienda, en Villa Allur. Por las noches, en la cama del Continental, imaginaba la mansión por dentro, y se preguntaba qué harían sus fantasmas, a qué olerían las flores que hubieran sobrevivido en el maltrecho jardín y qué aspecto tendría aquel duque francés que jugaba con

todos al escondite. No obstante, no había compartido su obsesión con Pedrito: se avergonzaba de comportarse así, le atormentaba la posibilidad de convertirse en una de esas frívolas damas que tanto detestaba, acostumbradas a sobrevivir a base de cócteles y pecados ajenos.

—¿No desea ver nada, señorita? Tengo unas camisas de seda preciosas.

Una dependienta rubia de mirada ávida se había acercado a su silla.

—Muchas gracias, pero lo cierto es que debo marcharme —respondió mientras se levantaba—. ¿Podría decirle a mi acompañante que he tenido que salir?

—¿Al señor Ortiz? Sí, claro.

Ella abandonó la tienda pasando sobre el logotipo de la sastrería, inscrito en el suelo. La avenida de España, donde se arremolinaban, una tras otra, la mayor parte de tiendas de postín, la recibió con sus muchachas de alegres tocados y sus hombres con sombreros panamá. El sencillo vestido de algodón de Manuela era insuficiente para protegerla del frío tiempo, que parecía empeñado en sumir a la ciudad en un otoño prematuro. Se proponía volver al confortable regazo de su habitación en el Continental cuando vio a lo lejos dos figuras familiares: Cristina Altuna y Teté Chapman. Caminaban del brazo y sumaban entre las dos una cantidad de perlas que debía de haber requerido una pequeña aniquilación de ostras. Le recordaron por un momento a las siamesas que aparecían en los folletos de aquellos circos sin escrúpulos que iban de ciudad en ciudad anunciando también gigantes y mujeres barbudas. Sin embargo, apenas se parecían. Cristina Altuna era una viuda de hombros anchos y cabellera teñida de un negro azulado poco natural. Su marido había sido un tipo

anodino que le había legado una enorme fortuna y la libertad de no tener que entretenerse nunca más con los deberes maritales. Así, se había convertido en la madrina de la alta sociedad donostiarra, y sus pequeños ojos porcinos parecían estar en todas partes, pues ningún escarceo amoroso ni disputa escapaba a su vista. Su capacidad de obtener y difundir información era tan solo superada por la de su acompañante, Teté Chapman. De padre británico y madre española, Teté era veinte años más joven que Cristina y veraneaba en la ciudad desde su infancia. Era pequeña y pálida, pero parecía poseer la cualidad de la ubicuidad, pues Manuela recordaba haberla visto en todas y cada una de las veladas a las que había asistido a lo largo de los años. Con su moño rubio, cuajada de lazos y joyas y siempre con una copa en la mano, Teté Chapman era tan imprescindible en una fiesta como los canapés.

Si aquellas dos mujeres la interceptaban le esperaba al menos media hora de preguntas aparentemente inocentes y charla intrascendente. Además, no era un secreto que Teté estaba enamorada de Hernán desde hacía años y su entusiasmo no parecía haber menguado por el hecho de que él se hubiera casado.

—¿Qué haces aquí pasmada? —dijo Pedrito.

Había salido de Derby y la miraba con las manos en los bolsillos de la chaqueta. Manuela se limitó a hacer un gesto hacia delante, por donde Cristina y Teté avanzaban charlando sin dar señales de haberlos visto aún. Pedrito soltó un suspiro mientras sacaba un cigarro de la pitillera de plata.

—*A ze pareia, karakola eta barea...*¹ Muy bien, huye. Yo me encargo.

1. En euskera, «vaya par de dos». (*N. de la a.*)

—Gracias.

—De *gracias* nada, ya me lo pagarás.

Con rapidez, Manuela avanzó unos metros y giró por la calle Fuenterrabía. Oyó a Teté llamar a Pedrito y siguió andando en busca de un local donde refugiarse. Se fijó en una diminuta puerta de madera sobre la cual había un letrero que rezaba LIBRERÍA FORTUNA. Aquella sería la guarida perfecta.

Una vez dentro, se hizo la oscuridad, como si se hubiera precipitado al interior de una cueva enterrada en las entrañas de una montaña ancestral. Olía a cuero y a cola, a barniz de madera e incienso. Parpadeó un par de veces, hasta que sus ojos se acostumbraron a la discreta luz que emitía una lámpara de techo cubierta de polvo. La librería era poco más que un pequeño cuadrado, y tenía tan solo un escaparate que estaba oculto por cientos de volúmenes amontonados. De alguna manera, los libros parecían ser los dueños de la tienda, como si hubieran elegido su lugar en cada estantería sin ordenarse por color, temática o idioma. El suelo estaba cubierto por una gruesa alfombra con estampado oriental y al fondo había un pequeño mostrador plagado de cuadernos de cuentas abiertos sobre el que languidecía una taza de café.

—¿Buenas tardes...? —dijo Manuela sin saber muy bien a qué o a quién.

Una voz masculina le llegó desde las alturas:

—¡Ya bajo!

Ella levantó la cabeza, casi temiendo descubrir un ángel exterminador, un centinela monstruoso que protegía aquel lugar detenido en el tiempo. Pero en vez de eso se encontró con una escalera de mano y una entreplanta donde había aún más libros apilados de una forma que no parecía muy segura. Dio un paso

hacia atrás, preocupada porque llovieran sobre su cabeza Odiseas o Anas Kareninas. Sobre la barandilla apareció entonces un hombre sonriente de cabello castaño que parecía tener más bien poco de guardián sobrenatural y que se apresuró a bajar por la escalera.

—Disculpe la espera, a veces pierdo la noción del tiempo cuando estoy en el cielo —se disculpó al llegar al suelo.

—¿El cielo?

—Así es como me gusta llamar al piso superior.

Manuela le escudriñó, pero no detectó en él trazas de antiguo seminarista ni de hombre temeroso de Dios.

—Y si hay un cielo, deduzco que habrá un infierno...

—Eso es demasiada información para su primera visita —respondió sin perder la sonrisa.

Ella notó entonces que tenía un acento extraño, quizá británico.

—Soy Roger Foss, dueño de la tienda —se presentó él con una ligera reverencia.

—Manuela Duarte.

—Encantado. Dígame cómo puedo ayudarla, señora Duarte.

—Señorita. Y busco un libro.

—Un objetivo bastante común entre todos los que vienen aquí.

Manuela contuvo una sonrisa. El librero debía de estar cerca de los cuarenta años, tenía los ojos claros e iba vestido con una camisa blanca arrugada y remangada hasta los codos. Todo en él desprendía un aire de despreocupación y desorden, como si acabara de bajar de un carguero procedente de las Indias Orientales, un tanto pirata, un tanto profesor chiflado. Y, no obstante, extrañamente encantador.

—Quizá pueda recomendarme algo de su compatriota, Agatha Christie. Tengo un amigo que devora todas sus novelas.

—*Sure*. Aunque debo aclararle que Mrs. Christie y yo nacimos en lugares opuestos del océano, soy americano —respondió Roger mientras buscaba en una de las estanterías.

—Si no es demasiada indiscreción, ¿puedo preguntar qué trae a un americano a San Sebastián?

—El clima, sin duda —respondió—. Eso, y el trabajo. Vine a España durante la guerra, como periodista.

Unos segundos después, le tendió una novelita en cuya portada aparecía una mujer rubia sujetando un revólver frente al templo de Abu Simbel.

—*Poirot en Egipto* —explicó—. Una de mis favoritas.

—Muy bien, me la llevo.

Roger se acercó entonces al destartelado mostrador y, mientras Manuela sacaba de su monedero las cinco pesetas que costaba el libro, le dio un trago a la taza abandonada de café.

—Espero volver a verla pronto, miss Duarte.

—Por supuesto. Me extraña no haber conocido antes esta librería.

—Eso es porque la Fortuna solo se revela a los viandantes en el momento oportuno. Es una librería mágica.

Manuela no pudo evitar reír.

—¿Mágica?

—Bueno, eso y que tenemos una puerta muy pequeña.

—Que tenga un buen día, mister Foss —se despidió mientras se giraba para acercarse a la puerta. Estaba a punto de salir cuando Roger la llamó de nuevo.

—Señorita Duarte, tenía usted razón.

Ella se dio la vuelta extrañada.

—¿En qué?

—Hay un infierno.

—Entonces, tendré que volver. Siempre he pensado que el infierno sería mucho más divertido que el cielo —dijo antes de cruzar la puerta.

Se dirigió al Continental dando un paseo y ojeando el libro que acababa de adquirir. Quizá un misterio ficticio fuera lo que necesitaba para distraer sus pensamientos de la maldita Villa Allur y saciar sus pequeñas ansias de aventura. Cuando llegó al hotel, el sol caía ya sobre el mar. Tenía el tiempo justo para darse un baño y prepararse para la cena en el comedor. En el mostrador de la entrada se encontró a José, un tipo enjuto con bigotillo de persa y ojos saltones. Llevaba tantos años ejerciendo de *concierge* que Manuela se preguntaba si ya estaría allí en 1884, cuando se inauguró el hotel.

—Buenas tardes, señorita Duarte —la saludó.

—Buenas tardes, José. ¿Cómo está hoy?

—Aburrido y agradecido de estarlo, doña Manuela. Un día tranquilito. Me alegro de verla porque ha llegado algo para usted. Iba a mandárselo a la habitación, pero ya que está aquí...

—¿Para mí?

—Una invitación, diría. Deme un segundo.

José se agachó tras el mostrador, y poco después reapareció con una bandejita plateada en la que había depositado un sobre de color hueso fabricado con papel de buen grosor. Manuela lo cogió con cuidado, alguien había escrito su nombre en tinta roja, pero no había remite.

—Gracias, José.

—De nada, señorita. No se pierda la cena, han traído un salmón del Bidasoa que huele desde aquí.

Manuela se despidió con una sonrisa y mostró una fría indiferencia hacia el sobre hasta llegar a su habitación. Una vez allí, cerró la puerta y lo desgarró con impaciencia, sin utilizar siquiera el abrecartas que reposaba sobre la mesita, ansiosa por desvelar el misterio que escondían aquellas letras escarlatas. Como el conserje había vaticinado, se trataba de una invitación.

A la estimada señorita doña Manuela Duarte:

El duque Julien Leroy-Benoit tiene el gusto de invitarla a Ud. a una encantadora velada para celebrar la inauguración de Villa Allur el próximo viernes 5 de septiembre a las 20 horas.

Atentamente:

JLB

Apretó el sobre contra el pecho, el corazón acelerado de manera inexplicable, y acarició el papel con suavidad. Era la primera vez en su vida que tenía ganas de asistir a una fiesta.